



LUIS XVI DESPIDIÉNDOSE DE SU FAMILIA

Un Felipe C Rojas Madrid.

mo y hasta el martirio en aquel terrible ambiente; amor de hijos; todo el amor en sus principales aspectos, todo aquel sentimiento que podíamos llamar familiar y doméstico, sentimiento, el cual, bien experimentado, resulta la raíz más profunda de nuestra vida y sér, se resumía en aquella entrevista suprema; entrevista de náufragos, sobre cuyas incidencias tendía sus alas el negro buho de la muerte y á cuyos pies hacia la eternidad rodaba roto el reloj de los tiempos. Interrogue cada cual su corazón; recuerde al padre que lo ha vendecido tantas veces y lo ha educado, instruyéndole y alimentándole; recuerde á la madre, sentada como una diosa en el hogar, sin cuyos desvelos y cuidados no hubiera el niño, sujeto á toda clase de miserias, vivido un día en la debilidad irremediable de su naturaleza; recuerde cuánto se quiere á la mujer amada y cuánto la mujer amada quiere á su predilecto; recuerde la dependencia del hijo y la independencia del padre que casi equivalen á una esclavitud moral, en cuyas cadenas entran lazos de amor tan sólo, y díganme cómo sentirían y cómo llorarían Antonieta, Luis, el Delfín, las dos princesas al verse unos de otros separados y ¡oh, Dios! para siempre por los brazos desnudos de la muerte, donde hubieran querido todos caer de grado si caían juntos. Así que los recién venidos entraron en el comedor, lanzáronse á una, sobre la persona del Rey y lo escondieron entre sus brazos estrechísimos y lo empaparon en lágrimas amargas. Luis quedó como deslumbrado, y olvidándose por un minuto del momento, en que las recibía, devoró aquellas caricias con un placer espiritual indecible. En esta rápida circunstancia reinó allí un silencio profundo, que nadie se atrevió á interrumpir, pues el lenguaje natural de las miradas, de los abrazos, de los besos, decía lo que acaso no podía decir el humano lenguaje con sus inagotables palabras. La Reina vuelta en sí la primera, tras aquellas efusiones, quiso que toda la familia real entrara en el camarín de Luis XVI; mas Luis XVI le mostró la imposibilidad completa de recluirse dentro de otra estancia más breve por la orden dada de que la entrevista se verificaría en el comedor y no en ninguna otra parte. Después de esto el Rey se sienta y á su izquierda la Reina y á su derecha madame Isabel, mientras Maria Teresa descansaba sobre un hombro de su padre la perturbadísima frente y el Delfín se refugiaba como si le persiguiesen y le acosasen al cuitadísimo entre las dos rodillas de su padre, donde saltaba casi, en la inconsciencia propia de su edad, y convirtiendo los ojos del rostro de Luis al rostro de Antonieta, como si quisiera juntarlos para siempre en su amor de hijo, en la primera pasión que á los humanos posee al desarrollarse y crear su desgraciada vida. Pero estuvieran donde estuvieran los protagonistas de aquella tragedia, indeliberada é incoscientemente cada cual de ellos pedía con amor una caricia del Rey, ó le daba su caricia respectiva, sin acordarse de que todo aquello sucedía en la primer escala del patíbulo y que todo estaba tristemente asombrado por la muerte. Viéndose con tanto amor, y con tanta felicidad en este amor, creía aquel instante fugaz una eternidad perdurable: Luis XVI interrumpió el éxtasis, por los unos sentido á

la vista de los otros, evocando el proceso, y diciendo como Cristo en la cruz que intercedía por sus enemigos y por sus verdugos. Después de esto surgieron las ideas religiosas, porque toda muerte humana lleva consigo unida la inmortalidad y es imposible olvidarse de que así como no podría un átomo destruirse y en la nada perderse, sin desconcertar á todo el universo, pues la partícula del polvo de la tierra interesa tanto como su propio resplandor al sol de los soles, no puede tampoco perderse un alma, la cual surge como un aroma sacro, como un aroma de incienso, desde los restos y podredumbre del cadáver, á la bienaventuranza en los cielos.

Tras esta expansión religiosa, no podía menos que presentarse lo pasado y lo porvenir á la vista de Luis XVI, y presentarse bajo los aspectos que, ante una mirada de Rey, mirada verdaderamente personal y propia, se presentan siempre los tiempos. Para un Rey eternidad se vincula en su dinastía. Para un Rey los datos genealógicos son como para un astrónomo los puntos en las líneas del espacio, los segundos en las cuentas del tiempo. A Dios y sus antepasados debe respuestas el Rey, así como explicaciones sobre sus actos; y á los requerimientos de la historia, ya en sus anales quedan ó ya viven en la propia regia conciencia: y todo lo que un Rey debe hacer, está reducido, después de haber acatado la memoria de sus antecesores, reservar el trono para que lo ocupen y el Estado para que lo gobiernen á sus herederos y sucesores de la misma familia y de la misma sangre. A la vista de su inmediato heredero, vivo y presente allí, entre las rodillas del padre, Luis, después de haber dejado hablar á sus sentimientos naturales y á sus sentimientos religiosos, habló de política, porque así como en la cautividad no se olvidaba de su realeza, en presencia del pobre Delfín no se olvidaba tampoco de que debía éste sucederle y heredarle; pues un Rey cree á ojos cerrados en la perpetuidad perdurable de la monarquía, siquier la esté devorando el hambre inextinguible, insaciable y eterna de la muerte. Naturaleza bondadosa y conciencia religiosísima Luis hizo jurar al Delfín que jamás vengaría la muerte de su padre, añadiendo que si llegaba, como llegaría necesariamente á los dinteles del trono, ejerciera el poder real en toda su plenitud y no lo compartiese con ningún otro poder por grande é histórico que fuera. De estas palabras deduce la historia una observación, observación resaltando siempre ante los ojos del menos observador, y es que nunca Luis perdió su naturaleza de Rey absoluto, con lo cual siempre justificó su proceso y su muerte. Falta grave quizá en sus perseguidores, falta grave de moral y de humanidad, el proceso y la muerte, pero falta congruente con la nativa impenitencia del Monarca, todavía creído de que no significa cosa ninguna la soberanía nacional y de que reinaba sobre los nacidos en Francia por un derecho divino, el cual debía permanecer intangible durante toda su existencia y transmitirse por medio de sus hijos á la más apartada y remota posteridad. Por mucho que Luis XVI quisiera templar lo áspero de sus afectos realistas con lo dulce y tierno de sus afectos religiosos, al cabo resulta que para él Francia no

era un territorio nacional, era un regio aprisco; no eran los franceses unos ciudadanos libres, eran un rebaño que había recibido del cielo su correspondiente pastor á virtud y por obra de un mayorazgo, fundado y establecido allá en la eternidad. Hecho y dicho esto, volvieron los sentimientos de familia por una razón muy natural á sobreponerse nuevamente sobre los sentimientos y los afectos políticos. Así la Reina pretendió que toda la familia real pasase aquella noche junto á su jefe y señor. Natural era esta demanda; pero Luis se negó á satisfacerla. Corrían muy deprisa las horas que lo arrastraban al cadalso, y necesitaba destinarlas á Dios y recogerse dentro del espíritu y de su pensamiento para partir por última vez desde la tierra con el cielo. Las ocho y media de la noche del veinte sonaban ya, y el Rey no se había confesado aún. En los primeros instantes de su entrevista con Firmont habló el Rey de política y consagró todas sus palabras al mundo y al Estado. La confesión solemne y oficial, digámoslo así, debía celebrarse más tarde y al Rey le importaba mucho esta confesión. Hermana, hijos, mujer, únicamente podían en aquellas horas supremas perturbarle y no le parecía bien al Rey que la perturbasen ó por lo menos que la retrasaran cuando á la mañana siguiente debía presentarse á la divina justicia. Con muchísima ternura, con gestos de dolor inenarrable, con palabras que sólo saben decir quienes penan en penas tan terribles como las suyas; el Rey rogó á la mujer amada que se retirase, dejándolo á solas con su confesor y con su conciencia. La Reina difícilmente pasaba por ello; juntos, el tiempo le parecía brevísimo; separados, el tiempo le parecía una eternidad. Aquella noche, rezando al lado del Rey en compañía de toda la familia, hubiera sido para ella más grata que su noche de novia; pero, apartados todos del jefe querido, parecíale aquella noche, la noche primera del eterno sueño y del hediondo sepulcro. Luis persistió, y Antonieta no quiso desistir de sus ruegos hasta que Luis le prometió verla en la mañana siguiente y á las siete. «¿Por qué no á las seis?», preguntó Antonieta. «Pues á las seis», replicó el Monarca, resuelto, sin embargo, á no ver su familia, por no acrecentarle los terribles dolores y por no repetir una escena en la cual estuvieron á punto de morir todos. Y se levantó el Rey para separarse por siempre de los suyos, y morir solo él, ya que su muerte y suplicio eran inevitables.

Esto de separarse, y separarse para siempre, se dice con suma facilidad y con suma dificultad se hace. El árbol no sabe cuánto necesita la tierra donde arraiga sino después que lo han desarraigado; no sabe cuánto necesita su atmósfera el ave, y cómo en ella se dilatan su pecho y sus alas, sino después que la ha perdido, y falta de oxígeno, se le concluye la respiración, y, falta de éter, se le apaga la luz en los ojos. La intensidad del sentimiento, cuya fuerza y virtud afectan el humano corazón, cuando la triste adversidad os hiere, no se sabe, ni se previene, ni se calcula, sino después de recibir la mortal herida en el corazón y en las entrañas. ¡Separarse, y separarse para siempre! ¿Cómo esto se hace? Más fácil parece un suicidio que una separación. En el suicidio muere sólo el suicida; en